

EL MOGREB EN EL MUNDO MODERNO

M. S. AGWANI,
*de la Escuela India de
Estudios Internacionales*

EL TÉRMINO Mogreb, que literalmente significa El Oeste, nos recuerda una serie de antecedentes históricos que primero unieron políticamente, y después integraron culturalmente el noroeste de África con el mundo árabe. El dominio árabe en un siglo de conquistas, desde el nacimiento del Islamismo en el primer cuarto del siglo VII, se extendió hacia el Occidente a lo largo de toda la costa mediterránea de África y, cruzando el estrecho de Gibraltar (así llamado por Tariq bin Ziyad, quien lo salvó para conquistar España), España, y, hacia el Oriente, hasta el río Indo. Con ese dominio, se extendió también la influencia cultural árabe, si bien no coincidieron, ya que la India occidental e Irán retuvieron el Islamismo, pero reafirmaron sus respectivos rasgos lingüísticos y culturales, mientras que en España se produjo un renacimiento cristiano. Sólo la Fértil Creciente (que comprendía lo que es hoy Iraq, Siria, Líbano, Jordania e Israel), el Valle del Nilo y el Mogreb, cayeron permanentemente bajo la influencia árabe. Esto ofrece un problema novedoso que sólo pueden explicar las afinidades etnológicas y lingüísticas de los bereberes del norte de África, los hamitas egipcios, y los pueblos arameos de Siria e Iraq, con los árabes semíticos de la península arábiga. Esto podría también explicar por qué los pueblos del norte de África absorbieron a tan pasmosa velocidad la cultura y la lengua árabes, en tanto que seis siglos de dominación romana que precedieron al impacto del Islam, los dejaron, en su mayor parte, inmunes a la cultura de Roma.

Por tanto, en la aurora de la historia islámica, el noroeste

de África definió su identidad como ala occidental de un mundo que se extendía desde el golfo Pérsico hasta las costas del Atlántico. Políticamente, sin embargo, el dominio ejercido por los Umayyids de Damasco y, después, por los Abásidas de Bagdad, empezó a desmoronarse cuando los gobernadores locales comenzaron a proclamarse soberanos por propio derecho. Un destino semejante esperaba a los gobernadores otomanos que inicialmente habían tenido éxito en la empresa de añadir el noroeste de África a su extenso imperio a principios del siglo xv. A la conquista otomana siguió, durante los siglos xvi y xvii, la era de los llamados "Corsarios Berberiscos", que, desde entonces, adquirieron un sabor romántico en la literatura novelesca.

Es posible discernir varios módulos políticos al aproximarse a los tiempos modernos. En Argelia, la gubernatura se había convertido en un puesto de elección oligárquica, que debía formal lealtad a la Sublime Puerta. El gobernador era elegido de por vida, vitalicio, y se titulaba *Dey*; el puesto se hizo hereditario en Túnez con el título de *Bey*; en Libia, una gubernatura hereditaria similar, fundada por Ahmad Carmanli (1711-45), fue reemplazada por el mandato directo otomano en 1835. Pero los marroquíes, con su vigorosa tradición de individualismo y libertad tribales, permanecieron soberanos durante la dinastía Alawita (fundada por Mawlay Rashid, 1660-72) que todavía sobrevive.

Franceses e italianos aparecieron en una escena que tenía ese trasfondo. Es innecesario tratar aquí con detenimiento las causas ocultas de este fenómeno. Basta decir que la región costera del norte de África ofrece un clima suficientemente agradable para atraer colonizadores de la costa norte del Mediterráneo. La relativa inestabilidad administrativa y la debilidad económica de los gobiernos, minados, además, por las actividades de los comerciantes y aventureros europeos, abrieron finalmente las puertas a la dominación europea del Mogreb. Los franceses ocuparon Argelia en 1830 y, para fortalecer su posición en ella, crearon el protectorado de Túnez en 1881. Los italianos conquistaron la provincia de Trípoli en Libia en 1911, y, después de una guerra agotadora contra la

orden religiosa Cirenáica de Sanussi, establecieron lo que Graziani llamó *Pax Romana*, a principios de la cuarta década de nuestro siglo. Marruecos estaba, también, bajo un Protectorado, con una zona española en el norte, y una francesa en el sur. Tánger se convirtió en territorio neutral, bajo la administración de una Comisión Internacional. Todas estas incursiones armadas de Francia, Italia y España en el Mogreb fueron precedidas por un intrincado laberinto de altercados diplomáticos y, a menudo, provocaron resistencia organizada por parte de los habitantes indígenas. De hecho, los heroicos movimientos de resistencia, dirigidos por Amir Abdul Qadir en Argelia (1832-47), por el jefe del Rif, Abdul Karim, en Marruecos (1920-26), y por los Sanussis en Libia (1911-32), atrajeron la atención mundial, cuando se iniciaba el despertar político de África.

Las potencias europeas lograron al fin, al menos temporalmente, someter a los recalcitrantes, hecho que puso a los pueblos del Mogreb frente a frente del mundo occidental. Los nuevos gobernantes, como cosa curiosa, dominaron y manipularon estrictamente ese encuentro, afirmación que ilustra vívidamente la visión del general Lyautey sobre Marruecos: "Edad Media más electricidad". François Mauriac describió idóneamente el protectorado francés: un gobierno de "capitanes de industria, con generales como lugartenientes". Un crítico menos caritativo lo describe como "el gobierno del Banco de París y de los Países Bajos".

Los efectos de la política económica seguida por Francia en Argelia, Marruecos y Túnez, y por Italia en Libia, pueden aquilatarse mejor con los resultados que se lograron en varias décadas. Uno obvio es la presencia actual en Argelia de un millón de franceses, cerca de un cuarto de millón en Marruecos, y otros tantos en Túnez, y de unos veinte mil italianos en Libia. De tal suerte, esta colonización asume un lugar relevante en las políticas francesa e italiana. Estos colonos extranjeros, "colons", como son llamados en Argelia, Marruecos y Túnez, son campesinos, comerciantes, técnicos y empresarios, que se propusieron crear fincas mecanizadas, empresas mineras, cervecerías, carreteras, puentes, ferrocarriles y pre-

sas. En suma, proporcionaron un nuevo aspecto a esas tierras y las equiparon con accesorios de la vida moderna. La ingenuidad de los colonos italianos se manifestó en sus intentos de establecer colonias agrícolas en la costa de Libia, con un clima y topografía increíblemente adversos. Además, la *Strada Imperiale*, o carretera imperial (terminada en 1937 al costo de 78 millones de liras), sirvió para comunicar las principales ciudades de Libia: Tobruk, Darna, Banghazi y Trípoli. Hoy es tan importante para Libia, por razones políticas y administrativas, como lo fue antes para los italianos, por razones estratégicas.

Todo esto, hecho por los *colons* y sus gobiernos patrocinadores, era, sin duda, encomiable. Sin embargo, había algo básicamente equivocado en una política que no permitía a los habitantes indígenas más papel que el de meros espectadores. En Argelia, Marruecos y Túnez, donde la subsistencia de la población depende principalmente de la agricultura, los inversionistas y especuladores franceses se apropiaron grandes partes de las mejores tierras. En Argelia, sobre todo, hay latifundios agrícolas franceses que se miden por decenas de miles de acres. Así, los campesinos indígenas fueron expropiados y empobrecidos, y el número de los pequeños propietarios despojados de sus tierras fue en aumento; muchos de ellos se lanzaron, desesperados, a las zonas urbanas que desde entonces bullían con nueva actividad comercial e industrial. Aquí también los principales puestos fueron reservados a los *colons*. Los indígenas se beneficiaron, cuando más, sólo indirectamente como obreros no especializados o comerciantes en pequeño. Según el Informe Maspétiol sobre la economía argelina preparado para su gobierno por un alto funcionario francés, cerca de un tercio de los trabajadores argelinos eran empleados temporales o desempleados permanentes; 80 por ciento de los niños no asistía a las escuelas; y el gasto administrativo —a pesar de las fluctuaciones en el tipo de cambio del franco— en 1953 era casi el mismo que en 1913. Libia, bajo el poder italiano, no vivía mejor; y cuando obtuvo la independencia en 1951, sólo había en el país dieciséis profesionistas titulados.

Además, el Mogreb actual lleva la profunda huella de otra

faceta de la política colonial francesa e italiana. A diferencia de los ingleses, era inconcebible para ellos conceder en principio o prometer a los indígenas alguna medida de autonomía aun en un futuro distante. El resultado de esta miope política fue un completo divorcio entre el talento indígena y las funciones administrativas y gubernamentales. No es de extrañar que cuando Marruecos y Túnez adquirieron su independencia en 1956 hubiera pocos marroquíes y tunecinos que poseyeran una experiencia y adiestramiento adecuados para recibir de los franceses los cargos técnicos y administrativos.

La situación fue más grave en el caso de Argelia; ya a mediados del siglo pasado los franceses habían proclamado unilateralmente que Argelia era una provincia de Francia y desde entonces todos los franceses desde su infancia han creído que "*L'Algerie, c'est la France*" (Argelia es Francia). Pero contra las promesas francesas de una posible "asimilación" de los argelinos a la cultura francesa, el número de estos "argelinos asimilados" cien años después, no era mayor de 60,000, de un total de población de 9 millones. Maurice Violette, que fue gobernador de los argelinos, advertía a la Asamblea Nacional francesa en 1935:

Tened cuidado, no sea que la nación argelina comprenda por vuestra culpa que no tiene nación propia. Los argelinos la están buscando y preguntan si ella es Francia. Dádsele, pues, de lo contrario, harán una propia.

Las palabras de Maurice Violette, al parecer, pasaron inadvertidas. Por otra parte, la sangrienta matanza de argelinos en mayo de 1945 asestó un golpe severo al deseo y esperanza argelinos de pertenecer a Francia. Dos años más tarde los franceses trataron de reparar el daño con algunas reformas contenidas en el Estatuto de Argelia; pero hubo muchos que tacharon de "arregladas" las primeras elecciones para la Asamblea argelina, llevadas a cabo bajo el Estatuto. Además, los franceses nunca reglamentaron otros artículos del Estatuto referentes a comunidades mixtas y enseñanza del árabe. Esto originó una seria crisis de confianza que se convirtió en la

causa principal de la sublevación armada que estalló el 1º de noviembre de 1954, dirigida por el *Front de Liberation Nationale* (F.L.N.).

La conflagración argelina continúa aún con pocas esperanzas de una paz cercana. Los combatientes argelinos, que son más de 60,000 (de los cuales 35,000 son regulares), han inmovilizado como medio millón de soldados franceses a lo largo de las ciudades costeras y las ásperas regiones montañosas. Como apuntó Jaques Chevalier, antiguo alcalde de Argel: "Ésta es una revolución, no una guerra." En 1958 el F.L.N. estableció un gobierno provisional argelino, dirigido por Ferhat Abbas, de tendencias políticas moderadas, con sede en el Cairo. Aún no se ha aclarado si esta medida representa la convicción de la imposibilidad de llegar a una paz estable con Francia o la preparación para negociar al haber subido al poder el general De Gaulle.

En cuanto a Marruecos y Túnez, ambas obtuvieron la independencia en 1956 tras larga lucha que originó considerable amargura. En los dos países los nuevos gobiernos han tenido que hacer frente a tremendas tareas. Ha desaparecido parte del legado del régimen de Protectorado, como el sistema dual de gobierno bajo el cual la jurisdicción de administración indígena se circunscribía apenas a los asuntos religiosos, en tanto que un régimen paralelo encabezado por un representante francés (con el título de Residente General) controlaba los asuntos vitales políticos y económicos. Túnez decidió abolir el poder del Bey y eligió convertirse en república. Marruecos, bajo el poder del rey Mohamed V, había marchado progresivamente hacia la monarquía constitucional hasta la dimisión del gobierno del Premier Abdullah Ibrahim en mayo de 1960. Libia, desde su independencia (diciembre de 1951), ha seguido un sendero semejante bajo el rey senussi Mohamed Idris. Pero la estupenda tarea de estos nuevos estados independientes es rehabilitar sus economías, capacitar personal técnico y administrativo, difundir el alfabetismo, en una palabra, ponerse al nivel del mundo moderno.

De hecho, el pasado histórico tanto como los factores geográficos han envuelto el Mogreb en problemas del mundo

exterior. Sus tres estados independientes son ahora miembros de la Liga Árabe; aunque es de justicia decir que entre los argelinos, marroquíes y tunecinos la urgencia de federar sus tres países es más apremiante que su deseo general de aumentar su cooperación con los estados árabes. Además, Marruecos y Libia poseen en sus territorios bases estratégicas extranjeras. Las bases norteamericanas, aéreas y marítimas, en las costas atlánticas de Marruecos son un legado de la época del Protectorado; y desde su independencia el gobierno marroquí ha estado pidiendo su abolición. Muchos marroquíes consideran que este fenómeno no está de acuerdo con la política neutral que su gobierno ha seguido. El departamento de Estado ha accedido ya a la demanda marroquí. Sin embargo, el gigantesco campo aéreo Wheeler cerca de Trípoli, operado por Estados Unidos, y las bases militares y aéreas británicas en Tobruk y Darna fueron establecidas de acuerdo con el gobierno de Libia. Éste en pago recibe del Reino Unido cerca de 4 millones de libras esterlinas y de Estados Unidos una substancial ayuda en dólares, que, unidos, ayudan a pagar sus déficit presupuestales cada año.

Por último, el Mogreb está profundamente interesado en lo que sucede en el resto del continente africano. El desierto de Sahara, que, al parecer, divide el continente, no es la barrera que muchos observadores distantes piensan. La activa participación de Libia, Marruecos y Túnez en la Conferencia de Acra (1958), y la creciente comprensión por parte de los estados independientes de África de la necesidad de cooperación en materias de común interés son, por supuesto, tendencias significativas del modo en que resurge África.